



CÉSAR MANRIQUE EN HARÍA

Alfredo Díaz Gutiérrez



INTRODUCCIÓN

CÉSAR MANRIQUE (Lanzarote, 1919 – 1992).

Capaz de hacer visible lo inefable, Manrique convierte a Lanzarote en la fuente de su imaginario artístico y en el lienzo metafórico donde plasmar su utopía. Así, desde la segunda mitad de los años cincuenta, inicia su compromiso de renovar la estética insular e implicarse en proyectos públicos que posteriormente se materializan en un conjunto de intervenciones espaciales y medioambientales al servicio del arte, la naturaleza y el incipiente desarrollo turístico al que la isla empieza a incorporarse. De esta manera, la conciliación entre tradición y modernidad, junto a su interés por la naturaleza, en la que César Manrique descubre modelos estéticos, se convierten en su ideario, que es artístico y, a la vez, ético. Un binomio indivisible que hace que este artista sea realmente excepcional en el panorama artístico de su tiempo. En efecto, para Manrique, el medio ambiente, el urbanismo y la protección del territorio, se hallan siempre en el centro de sus preocupaciones, como lo demuestra en muchas de sus apariciones públicas y en sus escritos en los que reivindica explícitamente la conservación del patrimonio natural de Canarias, en general, y de Lanzarote en particular.

Creo y siento profundamente que todos los artistas contemporáneos que sentimos la armonía y la belleza como un estado superior de cultura instintiva, tenemos el deber moral y ético de salvar por todos los medios lo que nos rodea y denunciar todo lo negativo referente a la vida y su propio desarrollo (Manrique, 1988: pp. 22-28).

ESENCIA DE LANZAROTE. SU VERDAD

En 1950, Manrique realiza una serie de murales para el recientemente inaugurado Parador de Turismo de Arrecife. De este conjunto mural destaca el titulado *Viento en la Geria*, sin duda un explícito manifiesto sobre el valor estético que el artista descubre en la calcinada piel de la isla. Representa a una anciana campesina que, tocada con la típica sombrera de Lanzarote, agacha su cabeza protegiéndose del viento. De la mano, lleva a una niña a la que sujeta con fuerza. Al otro lado de la escena, aparece un chiquillo que se cubre los ojos con su brazo derecho. La actitud de los tres protagonistas evidencia la manifiesta violencia con la que sopla el viento mientras, descalzos, transitan por un paisaje quemado, calcinado de negra ceniza volcánica. A la izquierda, en un primer plano, un árbol seco se retuerce de sed. Por último, en el fondo, se observan los perfiles redondeados de unos erosionados conos y cráteres volcánicos mientras una escuálida palmera se tuerce por el feroz azote del viento. Unas arquitecturas humildes, blancas, resaltan sobre el

fondo negro del paisaje en el que vuelan algunas hojas de parra. Manrique ve belleza en la tierra seca. Pobreza, silencio, aridez y soledad constituyen elementos esenciales que sirven de inspiración a su propuesta plástica, dando visibilidad a una tierra calcinada por el fuego de los volcanes y azotada por un viento inmisericorde.

En 1962, Manrique realiza unas declaraciones en el periódico *Antena*, proponiendo un acuerdo institucional de amplio espectro que permitiera elaborar una normativa destinada a regular las nuevas edificaciones que se construyesen en la isla. Esta regulación debía tener como objetivo no desvirtuar la esencia de la arquitectura autóctona, que debería ser el modelo a seguir. Se trata de una arquitectura sencilla y humilde que responde con astucia y eficacia a los condicionantes físicos y climáticos del territorio. Pegada al suelo, se articula en volúmenes cúbicos ensamblados en forma de *L* o de *U*, que se resguardan de los vientos dominantes. Los techos son de madera, recubiertos por una capa impermeable de colmo y barro de-

nominada *torta*. Las cubiertas planas funcionan como acogidas de las escasas precipitaciones, que son almacenadas en aljibes, piezas claves de la arquitectura insular. Pequeñas puertas y ventanas aparecen en sus gruesos paramentos contruidos de piedra volcánica y barro, algunas veces encalados y pintados de blanco.

Esta esencia de la arquitectura isleña queda recogida por el artista en un completo catálogo arquitectónico publicado en 1974 bajo el título *Lanzarote: Arquitectura inédita*, que servirá como modelo tipológico a seguir en las nuevas arquitecturas.

El especialista en arte público Javier Maderuelo afirma que Manrique fue un avanzado en España en cuanto a conciencia paisajística, una idea que en ese momento no se hallaba aún muy presente entre los artistas del país.

Un concepto maduro tanto del paisaje y sus valores como del papel que en él juega la arquitectura propia del lugar (Maderuelo, 2006: p. 85).

Lanzarote es una isla afortunada, aunque aparentemente haya estado postergada y desacreditada durante largo tiempo, y que se tenía la idea de que su paisaje era horrible e inhabitable. Hoy se está empezando a conocer por gente sensible y buenos catadores de lo que realmente es el paisaje. (Arquitectura inédita de Lanzarote. El Eco de Canarias. 25 de agosto de 1967).

CÉSAR. LANZAROTE

Con la mirada de un artista moderno, Manrique capta de forma eficaz y sutil la esencia de Lanzarote, que utiliza para crear una nueva imagen de la isla, al tiempo que reivindica sus valores tradicionales, ensalzando el patrimonio natural y cultural, apartándose de la uniformidad derivada de la nefasta estandarización que impera en el sector turístico. Pero el mérito de Manrique no se reduce al ámbito artístico. Poseedor de un gran entusiasmo, con gran acierto traslada esta idea a los representantes del gobierno insular y regional. Dicho ímpetu queda impreso en cada una de sus acciones y obras, teniendo, además, un importante protagonismo en la declaración de Lanzarote, en 1993, como Reserva de la Biosfera por la UNESCO. Un título de prestigio y también un irrenunciable compromiso para la conservación de la esencia insular, apostando por un modelo de desarrollo responsable, que reivindica de manera contundente la materialización de la utopía y un llamamiento a la toma de conciencia colectiva:

Vivimos tan corto espacio de tiempo en este planeta, que cada uno de nuestros pasos debe estar encaminado a construir el espacio soñado de la utopía.

Construyámoslo conjuntamente; es la única manera de hacerlo posible (Gómez, 1995: p. 53).

MANRIQUE. HARÍA

La relación de Manrique con Haría se remonta a la década de los sesenta del siglo pasado, cuando se inician las obras de la Cueva de los Verdes y Jameos del Agua, siendo este el primer centro turístico del Cabildo que se lleva a cabo, ejemplo de la simbiosis entre arte y naturaleza.

Sin duda, la materialización de ese sueño utópico pasa por reinventar Lanzarote. Para ello el artista entiende que es absolutamente necesario tener en cuenta la naturaleza de la isla en su condición pura. En este sentido, Manrique afirma:

Siempre he buscado en la naturaleza su condición esencial, su verdad oculta: el sentido de mi vida. La magia y el misterio que he hallado en ese largo camino de rastreo, son tan reales como la realidad aparente y tangible (Gómez, 1995: p. 122).

Así, el artista entiende la necesidad de poner en valor aquellos lugares de la isla cuya singularidad resulta más que evidente. En el municipio de Haría encuentra y señala lugares que atesoran esa esencia y que sirven como impulsores para el nuevo sector económico que en ese momento surgía en la isla, el turismo. Una nueva actividad emergente que, según Manrique, debería estar sustentada en un gran acuerdo social, económico y político capaz de definir la nueva imagen de Lanzarote sin deteriorar su esencia.

El reto, lejos de su complejidad, resulta a la vez apasionante. Manrique no es arquitecto y quizá sea ese hecho, junto a la mirada propia de un pintor la que le lleva a asumir el riesgo. Por otro lado, no hay que olvidar que Manrique fue un pionero poniendo el arte al servicio de la protección de los entornos naturales. El paisaje de Lanzarote determina su propuesta artística, que transita de la estética a la ética y del lienzo al paisaje. La defensa de las intervenciones urbanísticas respetuosas con el territorio es una preocupación constante en su pensamiento, como se pone de manifiesto en su explícito compromiso medioambiental, un activismo vehemente que le lleva a formular continuas denuncias sobre el deterioro de las islas.

Haría cuenta con dos de los mejores ejemplos de esas intervenciones del artista en la naturaleza de Lanzarote: Jameos del Agua y Mirador del Río. El término *jameo* se utiliza para definir a un tubo volcánico en el que se ha derrumbado parcialmente el techo. A Jameos del Agua se llega bajando por una escalera que conduce a su interior, donde el espectador accede a un espacio subterráneo, en el que comienza un verdadero espectáculo de sensaciones y percepciones. La decoración, la jardinería o la iluminación perfectamente integradas crean una simbiosis perfecta entre la naturaleza y la intervención del artista. Un lago salado en el interior de la gruta juega con las transparencias y las sombras. En su lado derecho, una pasarela de piedra llega hasta un espacio ajardinado en el que se en-



MIRADOR DEL RÍO

cuentra una piscina de formas redondeadas, casi orgánicas. Desde ahí, a través de una espectacular escalera de caracol, se accede al restaurante, situado casi en la cota cero del edificio, o hasta el Auditorio del Jameo de la Cazuela, una arquitectura cuya naturaleza volcánica le proporciona una acústica excepcional.

El Mirador del Río es un magistral ejercicio de mimetismo, integración y adaptación que realza la singularidad del lugar para mirar y contemplar el Archipiélago Chinijo desde los acantilados del norte de la isla. Al llegar, el visitante se encuentra con una fachada de piedra escalonada y cubierta de líquenes que nos recuerda los tradicionales banales de la agricultura local. Un óculo acristalado ordena el conjunto de la pétreo fachada, en la que se recorta una puerta adintelada por la que se accede al interior del edificio. Una vez dentro, nos sorprende un pasillo curvilíneo de perfiles redondeados decorado con elementos alusivos al agua: cantos rodados de origen marino, pilas de arenisca donde tradicionalmente se destilaba el agua para beber, recipientes cerámicos de inspiración

aborigen, así como unos helechos, proponen un tránsito ritual e iniciático que entretiene y prepara la mirada, como paso previo al encuentro con la parte central del edificio, donde cuelgan dos grandes esculturas metálicas. Finalmente, frente al visitante, aparecen dos espectaculares ventanales acristalados que permiten divisar el conjunto de pequeñas islas e islotes conocidos como Archipiélago Chinijo. Varios detalles decorativos muy propios de Manrique dan paso a la terraza exterior.

Merece especial interés una llamativa escalera de caracol que comunica con los pisos superiores, donde se encuentra la tienda y finalmente el lucernario que, a modo de faro, remata el edificio.

Sin duda estamos ante dos obras de gran valor patrimonial que significan y son huella del tránsito de la sociedad y la economía tradicional a la moderna y que, sin duda alguna, conforman el conjunto patrimonial arquitectónico más notable realizado en el siglo XX con el que cuenta la isla. Dos magníficos ejemplos de la materialización de la utopía soñada por el artista.





MIRADOR DE MALPASO. FOTO: JAVIER REYES

OBRA MENOR EN EL MUNICIPIO

Al margen de estas dos obras absolutamente emblemáticas realizadas por el artista en el municipio de Haría, merece destacarse una serie de obras que, pese a tener un carácter menor, también atesoran todo su ideario artístico.

Mirador de Malpaso (1966). Situado en lo alto del valle de Temisa, se trata de una sencilla construcción inspirada en la arquitectura vernácula de la isla que el artista resuelve mediante la combinación de pequeñas formas cúbicas y amplios vanos ocupados por cristalerías que miran hacia el valle. Su simple fachada coronada por una pérgola y una estudiada jardinería solucionada con vegetación autóctona, completan una obra natural pero muy armónica.

Ermita de Máguez (1974). Creada íntegramente en el año 1974 como resultado del binomio Manrique-Higueras, atesora en su interior un amplio mural tallado en ceniza volcánica compacta de color rojizo en el que formas no figurativas resuelven un espacio de manera singular.

Casa de César Manrique en Haría (1986). Veinte años después de su prolongada estancia en el Taro de Tahíche, Manrique traslada su residencia a su nueva casa en Haría. Dicha decisión viene motivada por la búsqueda de tranquilidad para poder pintar en plenitud y en contacto con la naturaleza. Se trata de una intervención sobre las ruinas de una antigua casa campesina en la que Manrique, siguiendo criterios que evidencian su gusto por la tradición y la modernidad, genera una nueva arquitectura. Merece especial atención el taller soterrado en medio del palmeral. Ahí, detenidos en el tiempo, permanecen los cuadros por acabar y el silencio de su presencia palpable. El 7 de noviembre de 1986 Manrique escribe en su diario lo siguiente:

Hoy ha sido el primer día que he pasado la noche en esta nueva casa, que he realizado con mucho amor. Y ya encontrándome solo conmigo mismo, en un silencio solamente interrumpido por las palmeras, ha sido de una tranquilidad y una paz imposible de describir (Coll, Revista Lancelot n°246 año 1988: p. 23).

Para César Manrique la experimentación artística tenía que tener siempre un componente lúdico que no debería renunciar jamás a la permanente capacidad por sorprender y sorprenderse.

El viento de Lanzarote, magistralmente descrito por Agustín Espinosa García-Estrada en su loa a la palmera con viento de Lanzarote, fue reinterpretado por Manrique en una serie de esculturas a las que denominó *juguets del viento*. Esparcidas como semillas por la geografía insular, tienen su anclaje artístico en el *arte pop*, pero son, ante todo, un explícito homenaje de hierro y color a uno de los elementos más significativos de la naturaleza insular, *el viento*.

En el año 1990 Manrique crea el juguete del viento denominado *Veleta* que se encuentra en la rotonda de Arrieta. Esta escultura de hierro pintado de rojo, se balancea atendiendo a la fuerza del viento, a la vez que señala su dirección.

Veinte años después de su fallecimiento, en 1992, el Ayuntamiento de Haría refuerza sus lazos con César Manrique declarándolo *Hijo Adoptivo* a título póstumo por las intervenciones artísticas y su incansable trabajo de concienciación social en defensa de los valores patrimoniales de Haría.

En definitiva, nos encontramos ante el trabajo de un artista que siempre busca la identificación del arte con la naturaleza y con la vida, desde una mirada estética pero también ética. Un todo indivisible que traduce, con acierto, en sus propuestas de intervención en el territorio, con la clara intención de sustanciar un cambio de modelo económico singular para Lanzarote sustentado en el turismo. Así, Manrique relaciona la necesidad del consumo visual del turismo con la conservación del paisaje, proponiendo medidas de ordenación y planificación territorial que suponen un hito sin parangón en cualquier otra parte del Estado.

Nadie duda que el turismo supone para Lanzarote una de las fuentes de ingresos más productivas, pero es saludable no olvidar que, hasta bien entrada la década de los sesenta, la isla continuaba inmersa en la precariedad y la pobreza. Una economía estancada, prácticamente de subsistencia, que se basaba en la agricultura, la ganadería y la pesca, a lo que había que añadir una considerable carencia de infraestructuras y la falta de agua, hizo de Lanzarote un lugar con escasas posibilidades de futuro. Pese a ello, César Manrique tuvo la firme convicción de que una actividad turística bien enfocada podía rescatarla de su pobreza secular. Afortunadamente, este sueño casi utópico, se hizo realidad. Así, a finales de los años sesenta, el éxito del modelo de desarrollo turístico implantado en Lanzarote, pese a las ansias especulativas de grandes inversores dispuestos a acelerar la transformación de la isla y decididos a implantar un modelo desarrollista centrado en el turismo de masas, es un hecho evidente. Pese a ello, las señales de alerta y la postura absolutamente beligerante de César Manrique fueron constantes. Tres importantes manifiestos de gran repercusión mediática, *S.O.S. por Lanzarote* (1978), *Momento de parar* (1985) y *Lanzarote se está muriendo* (1986) así lo confirman.

Hoy, sesenta años después de las primeras creaciones de César Manrique en la isla, *la volcánica y salada Lanzarote*, sigue disfrutando de su valiosa herencia patrimonial que nos exige el compromiso de todos para su óptima conservación.

Nosotros, los nacidos en tu tierra, los que sabemos de tu magia, de tu sabiduría, de tu importante vulcanología, de tu revolucionaria estética;



CASA DE CÉSAR MANRIQUE EN HARÍA

los que hemos luchado por salvarte de tu sometido olvido histórico y de la pobreza que siempre tuviste, hoy empezamos a temblar de miedo al observar cómo te destruyen y masifican, nos damos cuenta de la impotencia de nuestras denuncias y gritos de socorro ante la avaricia

histórica de los especuladores y la falta de decisión de las autoridades que permiten y a veces estimulan la destrucción irreversible de una isla que podría ser una de las de mayor prestigio y belleza de este planeta (Gómez, 1995: p. 118).